

CULTURA CAMPESINA EN LA FRONTERA NORTE

EDUARDO GARCIA TAMAYO, S.J.

Uno de los rasgos más significativos de la cultura campesina en la zona fronteriza de la Línea Noroeste es, hoy día, su interacción con la cultura nacional. Esta se va forjando y difundiendo sus patrones desde los centros de poder socio-económico y político, sobre todo desde la capital del país. Las formas de vida del campesinado se van rindiendo, en amores forzosos, a la lógica de modos de pensar y actuar que se le imponen.

En la frontera norte no se perciben grandes diferencias entre la cultura del pueblo, cabeza de municipio, y la del campo. En sus pueblos pequeños, que no llegan a 10,000 habitantes, hay muchos jefes de familia que de noche son del pueblo y, de día, trabajan en un conuco a varios kilómetros de distancia. En el campo está el pariente cercano, la casa donde se nació o se vivió hasta hace poco, el compadre y muchos lazos más. La casa propia en el pueblo es copia de la del campo. Sólo se añade el contador eléctrico y el televisor que trajo un hijo de Nueva York.

Cultura nacional es la que llega por la radio y la televisión, de vez en cuando ojeada en un periódico de varios días atrás. La que se aprende en la guagua, de camino a Santo Domingo o en el concho capitalino. La que se usa cuando uno se mueve entre desconocidos, a quienes se habla dinero en mano para el mínimo servicio. La que se va imponiendo lenta e indefectiblemente en la feria (mercado semanal del pueblo o del campo) en el doloroso rito de vender y comprar, lleno de sobresaltos desde que subió la gasolina, bajó el "Doctor" y acabaron con los puercos. Una vida que ya no regresa. Desde entonces, el mundo es más mundo, donde tiene que haber de todo, donde quizás sólo se acabe lo campesino, al paso que van las cosas.

HAY QUE VIVIR

En la zona serrana de la frontera, sin posibilidad de reguío, se depende de la lluvia. Seca y lluvia marcan el año. Un agua atrasada deja morir varios "cajones" de maíz, maní o habichuelas sembradas con el último aguacero.

Hay que tener capacidad de aguante para hacérselo todo: conseguir el vívere, buscar la leña, el agua, pilar el arroz, el café, lavar en la cañada, ritos domésticos que nunca acaban. Ya los muchachos ayudan poco. Están en la escuela. Probablemente no se ganarán la vida como sus padres. La agricultura no deja nada. La mano de obra familiar disminuye. La antigua división sexual del trabajo tiene que acomodarse. Ahora el varón se ve obligado a planchar sus pantalones, aunque todavía se manda si oye llegar visita, porque las hembras están en la escuela o en tal ciudad estudiando donde un pariente.

El viejo granero de madera, entre la casa y la cocina, va quedando como reliquia. La cosecha no para, se vende seguido. Hay que saldar deudas, pagar al banco o al usurero, mandar unos pesos al hijo que estudia, preparar un viaje de varios días, comprar una receta costosa. Tampoco hace falta guardar semilla: se le compra a la Secretaría de Agricultura o se va a alguna feria regional, a disputársela a los intermediarios. Aunque en invierno se siembra habichuela para tener la semilla de primavera, la cosecha más productiva.

Al disminuir la mano de obra familiar, hay que recurrir más al trabajo remunerado. A menudo se paga un día a uno o varios jornaleros. Si la guardia no está dura, se pueden conseguir haitianos a peso y pico el día, con un plato de harina de maíz y víveres. Haitianos que apenas duran una semana o una quincena antes de cruzar con unos pesos o algo de ropa dominicana. Pasan la noche en un rancho —cuatro estantes y una cobija, de pajón, sin setos— en medio del monte. Se trabaja por ajuste, si es posible, para que rinda más.

Está la asociación de agricultores. Es difícil que no la haya: la exige el banco, el agrónomo, el perito, todo el que pueda hacer un préstamo. Pero su carácter reivindicativo se muestra raramente. Se convierte en una sociedad de mutua ayuda. Se llega a disponer de 3 días a la semana para el trabajo de la asociación. Los miembros forman junta para ir trabajando en sus parcelas sucesivamente. Trabajo no remunerado metálicamente, pero se gasta en el desayuno y la comida que se brinda. Todavía existen los cantos de hacha y de azada, las décimas a la mujer querida, a la orgullosa, a la despreciada y al contrincante. El amor evocado en medio del sudor común. Ahí se inicia, entre adultos, al adolescente en el conocimiento de la mujer. Cómo tratarla, lograrla, dominarla. Y se intercambia información local de todo tipo.

La asociación de agricultores es también el mecanismo de captación ocasional de la benevolencia de alguna institución privada u oficial. Es el lugar en que se consigue algo. A través de ella se puede llegar a la "marifinga", a un préstamo para fomento de café, a un fondo FIDE anunciado y nunca visto, a un proyecto patrocinado con dinero de los "países fuera", a cursos sin costo alguno de agricultura orgánica y tecnología intermedia que cambiarán todo y que permanecen guardados en mascotas viejas, esperando recursos que no lleguen.

La captación de una clientela campesina a través de instituciones de financiamiento se ha hecho normal. Nunca se sabe claramente con qué fondos operan. Tienen un agente reclutador de la misma zona que convoca a reuniones importantes donde se esbozan proyectos grandiosos. Se llega a compromiso de fidelidad total. Desde entonces, la asociación pertenece a esa institución con deber de dar listas de socios y otros datos. Así se vive durante unos meses hasta que las promesas se esfuman o se consigue una "boronita" o un préstamo, difícilmente restituible. No se trata de formar una clientela de partido político o de un caudillo local. Basta con mantener un clima de expectativas difuso, la espera de algo que puede llegar, un cambio de vida o una ayudita.

Fuera de la campaña electoral, en que un agricultor puede conseguir un "colón" o un pico o la promesa de trabajar en un camino financiado por el BID, la asociación es el medio normal de captación de recursos extraordinarios. Una ideología de clase, contraria a relaciones patrón/cliente, llevaría a privarse de esos recursos. Las instituciones son muy sensibles al vocabulario reivindicativo y a la sospecha sobre sus fondos.

Para mantener la capacidad de maniobra ante las instituciones de desarrollo, la asociación a menudo elige mantenerse independiente, al margen de una estructura federativa campesina que pueda limitarla o proyectarle una imagen reivindicativa o, peor, comunista. Aunque hay asociaciones curtidas que han aprendido a maniobrar con varias instituciones y organizaciones campesinas sin convertirse en clientes exclusivos de ninguna.

HAY QUE VENDER Y COMPRAR

Un día a la semana hay que ir a la feria. Es un pueblo o un campo que sirve de centro a un mercado de tipo radial. Los campesinos de distintas comunidades llegan el día convenido a la cita con los compradores e intermediarios. Pero no es un mercado intercomunitario. Allí están también los revendedores de productos que no tiene el colmado rural: zapatos, ropa, quincallería, etc. La economía de mercado domina el conjunto.

En épocas de cosecha —agosto y diciembre— hay “movimiento”: mucha gente, animales de carga, muchas camionetas. En épocas muertas, se sale quizás a ver, a comprar algo impostergable, a vender algunos productos menores: auyamas, tayotas, etc. No hay acuerdo previo entre los campesinos para vender. En el rejuogo de oferta y demanda, la iniciativa es llevada por los intermediarios. No hay que apurarse mucho por vender. Hay que enterarse de cuánto se está pagando. El diálogo entre productor y comprador es cauto y, a la vez, agresivo. Llega a ser áspero y a complicarse a la hora de calcular, cuando el intermediario saca su propia medida —una lata de salsa u otro envase comercial— y pretende medir por sí mismo, poniéndole “moño” al envase, como suele hacer.

En la feria pueblerina, el productor se ve asediado por antiguos campesinos, emigrados al pueblo. Quieren comprar algo, pequeñas cantidades, para revenderlo inmediatamente y ganar lo del día. El campesino, si no se ve presionado por compadrazgos y parentescos, preferirá vender por sí mismo al precio de los intermediarios. Ya casi no hay un precio campesino, se queja la gente del pueblo.

Por la tarde, de regreso a su comunidad, se hablará de la feria, del poco o mucho movimiento de mercancías y dinero, de las diferencias entre los precios. Hay muchas noticias más: el día de feria se visita al compadre del pueblo, se va a la farmacia, a la parroquia, se recogen rumores políticos, se hacen diligencias para gente que no pudo ir al pueblo.

Cada vez son menores las diferencias entre los del pueblo y los campesinos. La ropa, el vocabulario, los problemas van siendo los mismos. Hasta el comerciante rico del pueblo se muestra con los signos de la cultura nacional: la gorra, la camisa de trabajo, lo que no llame la atención ni marque una diferencia.

Pero las diferencias están. Entre la gente que compra ya hay varios con sueldo: maestros, enfermeras, empleados oficiales, militares. Una baja clase media, en el umbral de una cierta seguridad, que se queja de que el campesino ya ha abierto los ojos y vende caro. Pero saben que el campesino no tiene otro respaldo que el de sus brazos, su constancia en repetir el ciclo anual de trabajo, endeudamiento, cosecha y venta, en medio de gripes y derrengamientos que nunca lo abandonan.

LA AMBIGUEDAD SOCIAL

Ser campesino es saber sobrevivir en medio de fuerzas incontrolables. No es sano ubicarse definitivamente en la sociedad, asumir posturas definitivas. Hay que maniobrar según las circunstancias y el interlocutor.

Hay expresiones que harían pensar en un sentimiento de inferioridad: “yo no sé de letras”, “yo soy un burro”, “Usted, como más inteligente...”. Especialmente ante una autoridad de cualquier signo. Al término de una comida ofrecida al visitante, se le dirá “perdone”, porque éste era digno de algo mejor.

Pero el campesino tiene también conciencia de su valor, de su dignidad. Admira al otro campesino que es capaz de decirle la verdad a un grande. Si ve amenazados sus derechos o su supervivencia, se defenderá en el juzgado o en la pelea. Si el cuchillo no está en la cintura, no anda muy lejos. Conviene andar armado, por lo que se pueda presentar. Con unos tragos arriba, en una fiesta, fácilmente brotan viejos rencores y se termina peleando con el compañero de tragos.

Porque ha sido engañado muchas veces, por saberse abandonado de todos los gobiernos, dejado a sus propias fuerzas, despojado de lo suyo, el campesino no se revela fácilmente ni confía a la primera. Su desconfianza ante el otro, aun *su mujer y su vecino, es su defensa ante una posible agresión o engaño. Es individualista* porque no tiene compromisos definitivos más que con su difícil supervivencia. No hay fidelidad absoluta a esta mujer o este marido, esta asociación, este partido, esta iglesia, esta comunidad. Sí mantiene su palabra. Por eso hay que hacer lo prometido. Se es serio en cuanto se cumple con lo dicho. Pero sin hacer compromisos absolutos, indefinidos. Hay que mantener la independencia, el poder de maniobra.

A nivel interpersonal, hay que cumplir. Se viaja muchos kilómetros para dar un pésame, saber de un enfermo, bautizar a un niño. Al que llega a la casa, casi se le fuerza a desmontarse y entrar. Se le atiende sin medir el tiempo. Se le ofrece comida sin preguntar si desea comer. El que pregunta, no quiere ofrecer. Si no se puede acceder a lo que el otro propone —un trabajo, un negocio, un préstamo— se aducen excusas que muestren imposibilidad, no falta de voluntad.

Se vive la desconfianza, pero no se manifiesta por adelantado. Eso heriría al otro. Sólo en situaciones extremas —una discusión, un pleito, etc.— las palabras manifiestan la intención. *En circunstancias normales, son sólo el preámbulo* de algo que no se sabe cómo terminará. Los hechos declaran la realidad. Si el campesino fronterizo es engañado por propios o extraños, no es tanto por ingenuidad, sino por reticencia a manifestar desconfianza, a ofender. Al proponerse un trabajo, un negocio, un proyecto, un matrimonio “por la palma”, no se va más lejos de la formulación de los primeros pasos. Lo demás queda en la penumbra de un “no te apures”. Querer detallar pasos, riesgos, resultados, ya es herir. Preguntar por lo que el otro no dice, indiscreción. Puede hacer peligrar algo dar beneficio. Si sale mal, ya se conoce al otro. No habrá próxima vez.

Comunicarse es interpretar. Se murmura frecuentemente, pero con parsimonia, con muchos rodeos. En dos o tres rasgos se dibuja lo que sucedió al vecino o al hijo de fulano. No hay que esperar detalles. Hay que saber completar los espacios vacíos del rumor.

Las preferencias políticas son asunto privado. Ocasionalmente hay alguna discusión. Pero publicar una identidad partidista es cuestión de unos pocos que lo han hecho parte de su subsistencia e imagen. Es más sano permanecer en la indefinición: "yo soy del que está", "del gobierno". Nadie sabe la oportunidad que pueda presentarse mañana: un empleo, un trabajo por ajuste, un nombramiento. Al fin y al cabo, todo servicio público pasa por las manos de los políticos locales: la recomendación para el maestro rural, la enfermera, el sereno, el jornalero, etc.

Hay que tener relaciones con todos. Saludar a todos, incluso al no bien visto. Mañana puede estar arriba y rendirme un servicio o crearme un problema. Más difícil es llegar a tener un "enllave", una relación estrecha con quien subió o está conectado. Pero es importante. Si se consigue, hay que mantenerlo contento. Se le dice que sí a todo para que no se disguste, para dar a entender que uno sabe de qué está hablando y que no se equivoca. Ahora se ha puesto más difícil hacerse compadre de un grande. Los padres han puesto muchos requisitos. Pero todavía se usa echar agua al muchacho.

El enllave generalmente tiene un significado político. Alguien con un cargo, cierta autoridad. Con acceso a esa tierra de nadie y de abundancia que es la cosa pública. Mostrarse celoso con lo que no tiene dueño propio sería defender lo ajeno. Exigir a otros la defensa de un bien público —fondos económicos, vehículos, bosques— es cerrar el paso a lo que está para ser apropiado. Sólo se debe defender lo del Estado si hay peligro de perder el puesto. Pero, en sí, lo propio del bien público es terminar en patrimonio privado. Como no hay más que individuos y "mundo" —no sociedad—, tampoco hay un patrimonio público ni un Estado, sino gobierno. Algo que sube y baja, que pasa a disfrutar. La creciente disolución de los lazos sociales de vecindad —solidaridad mecánica— no ha dado paso a una nueva vinculación social. La diversidad de opiniones políticas, de credos religiosos, de modas y comportamientos ha crecido sobre una base económica estancada, rígida. Hay diversos estilos de vida, pero una misma forma de subsistir. No hay complementariedad socioeconómica.

En un mundo de individuos y de dueños de "mejoras" —porque la tierra es casi toda del Estado, que no da títulos ni a la quinta generación— el robo es el pecado más detestable. En otras sociedades, el incesto es lo imperdonable. En la

frontera norte, el incesto es raro, pero las relaciones sexuales, ajenas a la ley y al sacramento, se contraen y cesan con facilidad. El acceso a la propiedad o a la posesión no está ligado al matrimonio legal. El sistema egalitario de herencia, sin heredero preferencial, no fomenta la conservación y el aumento de un patrimonio por vía matrimonial. Pero el robo atenta contra lo adquirido. La fama de ladrón es la mancha más terrible. Paradójicamente, es una mancha frecuente. Préstamos no devueltos, herramientas perdidas, animales pasados a Haití. Las cosas cambian de dueño con facilidad, aunque no aparezcan en público.

El lazo social más fuertes es el familiar. Familia es el hijo y, en menor grado, el hermano. Marido no es familia. La afinidad no vale. La sangre es lo que cuenta. La consanguinidad no se puede negar. Hay muchos hijos de crianza, pero su status es, en el fondo, algo inferior al del hijo biológico. Abunda el medio hermano, pero el de verdad es el de padre y madre. Ahí está la obligación. Derechos y deberes corren con la sangre y mantienen su vigencia a pesar de uniones disueltas, del viaje "a los países", de años sin verse. La sangre tiene sus propios libros, distintos a los del Oficial Civil.

Pero el valor de la familia no anula al individuo. Al contrario, la individualidad es fomentada en la crianza. El rasgo que hace diferente, las variaciones en el carácter, el comportamiento que singulariza es prontamente reconocido y reforzado en el hogar. Llegado a la adolescencia, se accede al disfrute de una libertad propia. Desde que el joven puede "juntarse" y formar familia, se le puede aconsejar. Pero ya no hay presiones mayores que la decisión personal. Terminados los consejos, "tú eres el que sabe" si estudias, si te metes en ese compromiso, si te vas para la capital, si te "enganchas", si te la llevas. La función del adulto es aconsejar. Joven sensato es el que se lleva de consejos. Generalmente son los adultos los que se llevan de ellos.

HAY QUE DAR VUELTAS A LAS COSAS

En las actividades económicas y en las relaciones sociales del campesinado fronterizo es donde más se deja sentir la influencia de la sociedad mayor. El cálculo y el individualismo de la sociedad de consumo tienden a imponerse en todo lo relacionado con la subsistencia y la vinculación social. Las ideas, se sabe, suelen tener una mayor persistencia. Los conceptos en que se formula la comprensión del mundo, como las palabras con que se expresa, se prestan poco a modificaciones. En situaciones de cambio socioeconómico acelerado, como ha vivido la República Dominicana a partir del fin del trujillato, los comportamientos concretos se adaptan a las nuevas necesidades y conveniencias, disociándose

de las representaciones ideológicas y aun contraponiéndose a ellas. No se trata sólo del fenómeno sociológicamente corriente del distanciamiento entre comportamiento real y norma ideal. Es también el hecho de un sector social, como el campesino, que adopta patrones de conducta que aún no están avalados, legitimados por una cosmovisión coherente, consistente, hecha propia.

DUALIDADES

Hay un cierto número de ideas, presentes en el mundo de las representaciones colectivas del campesinado, que van de pareja: frío y calor, lo húmedo y lo seco, hembra y macho, lo claro y lo oscuro. Son dualidades que se aplican a campos muy distintos de lo humano y de la naturaleza. No se trata de realidades complejas reducidas a dos términos simplistas. Es una visión panorámica, con un número indefinido cuyos matices, a cuyos extremos se hallan valores contrarios y, a la vez, complementarios.

Tierra caliente es aquélla que, por ser tal, no permite cultivar en ella plantas propias de tierra fría. Un agrónomo haría un sinnúmero de observaciones analíticas: temperatura ambiental, sombra, composición del suelo, requerimientos específicos de la planta, etc. El campesino resume la pluralidad de variables en un concepto clasificatorio: esa tierra es caliente o fría. El campesino se fija y sabe si la tierra es arcillosa o arenosa, si le da el sol por mucho tiempo o no y otros muchos datos. Pero no procede por distinción analítica, sino por síntesis. Hay matices, con todo: una tierra no tan fría como la que se halla cerca de una cañada, pero que guarda cierto grado de humedad, es una tierra fresca. Los cultivos se clasifican según su relación con el tipo de tierra: al café le gusta lo fresco; al maní, lo caliente.

Por más cursillos que haga un campesino, en que los agrónomos luchan por transferirle sus conocimientos técnicos, aquél seguirá clasificando las tierras en frías y calientes. En ciertos casos, el técnico ha podido demostrar que la ciencia y la técnica pueden dar razón de las cosas de la naturaleza. Así, se brega por conseguir abono, si lo permite el bolsillo, aunque no se ponga mucho asunto a las diferentes fórmulas ni se aplique con las dosis adecuadas. Es fertilizante.

Pero en otras ocasiones, el agrónomo no logra resolver ciertos problemas. El campesino no pondrá todos sus huevos en la canasta del perito. Donde falla la técnica, puede triunfar un ensalmo. ¿Quién sabe cómo son las cosas de Dios?

Los conceptos duales tienden a agruparse con otros que les son afines. Así, lo caliente y lo frío, lo seco y lo húmedo se aproximan a lo macho y lo hembra.

Un año de seca es un año macho. Unas nubes que no llegan a caer son macho. Lo fresco, lo frío es también lo femenino, lo fecundo, lo productivo. La mujer se ve integrada al misterio de la naturaleza, trabajada por el hombre en busca de producto. Al revés, el árbol que no da fruto, improductivo por sí mismo, es macho, es seco, es caliente. Todas estas ideas tienen relación, que habría que dilucidar mejor, con el sol y la luna. Para cortar un palo y que dure o para sembrar y cosechar sin plagas, hay que esperar a que pase la luna. Los trabajos que se realizan con la luna nueva resultan improductivos. Son ritos en que no hay verdadera fecundación. Lo femenino por sí sólo no da producto.

Los conceptos sobre la temperatura se aplican al organismo humano. Calor y frío se repelen. Unidos, hacen daño. El agricultor que sale de quemar una "tumba", una "balsa de palos", tiene que refrescarse antes de bañarse. La mujer que ha tostado café o ha planchado no puede lavarse las manos. Hacerlo es exponerse al pasmo o, cuando menos, hacer desarreglos que aflorarán en la vejez en dolores y enfermedades diversas.

CAMPO/CIUDAD

Otro par de ideas —claro y oscuro— expresa la forma en que el campo ve sus condiciones de vida y las compara con las del resto de la sociedad. Oscuro es el campo, sin comunicación, falto de transporte, de luz, de servicios. Claro es el camino, el pueblo con su hospital, sus escuelas, su manejo de las ideas y comportamientos que permiten una vida más fácil. Lo oscuro, por antonomasia, es la ignorancia del que no conoce sus derechos, del que sabe reconocer su dignidad y exigir lo que le corresponde. En la medida en que el campesino llega a conocer su valor como persona y ciudadano, el despojo y el silencio a que ha sido sometido, sale a lo claro, aunque siga viviendo en el campo. Y como esta nueva conciencia no se realiza más que en unión con los otros campesinos, se sale a lo claro a través de la organización, dejando atrás el individualismo.

Lo claro y lo oscuro también se entremezclan con lo racial y lo político. Lo claro va ganando en intensidad a medida que "se sube" a la capital. Aunque la capital esté al sur y tenga una menor elevación, se sube al ir a ella y se baja al regresar a la frontera. Clara expresión de una desigualdad sentida y, a ese nivel al menos, aceptada. Lo más claro está más allá de la capital, en Nueva York, país de los "rubios". Allá está el cambio de vida, el árbol del dinero, el fin de la oscura pobreza. Lo más oscuro, por el contrario, está "allá", al otro lado de la frontera, en el país donde todos son "prietos", donde cada hombre tiene tres o cuatro mujeres sin mantenerlas porque ellas trabajan para él: Haití. País de gente que come cualquier cosa, que huele mal, que trabaja por nada, que está murien-

do de hambre, que roba lo del dominicano. País de la muerte de donde vienen buscando la vida.

El haitiano personifica todo lo que el fronterizo aborrece. Sin embargo, es secretamente admirado en ese terreno misterioso, oscuro, que es la magia. Los grandes brujos se dan en San Juan de la Maguana y en Haití. Por encargo de dominicanos en Haití se hacen trabajos que de este lado no se logra desatar. "Allá" se desentierran muertos y se les hace esclavos de los brujos. Allá van a parar dominicanas "amarradas" por haitianos, que con brujerías les conquistan el corazón. De allá viene el "gazón" bueno para trabajar barato y rápido. Como el antiguo esclavo, mientras más beneficioso, despreciado.

Estas categorías colorean el mapa mundi del fronterizo. Al oeste, Haití. Subiendo, Santiago y la capital. Al norte, Nueva York. Cerca, Puerto Rico; más lejos, Venezuela. Lo demás queda en la penumbra de idiomas que no se conocen y de costumbres raras.

¿EN DONDE SE HALLA LA DICHA?

Oscura es también la desgracia, ese estado que consiste en vivir la vida de siempre sin lograr salir de ella. Luminosa es la dicha, ese golpe de suerte que de la noche a la mañana hace a uno rico, importante, feliz. Algo que viene de Dios y que cae sin previo aviso, independientemente de méritos y esfuerzos. Lotería, quiniela, "caraquita", "palé" son los grandes depósitos de la dicha. La llave está en los sueños, propios o ajenos, en los que la dicha dibuja misteriosamente sus signos. Pero hay que interpretarlos para llegar al número de cédula o a la placa del vehículo agraciado.

En los sueños ocurren también revelaciones. Dios habla en ellos con voz seria, marcando un camino nuevo, recordando una promesa no cumplida, advirtiendo de un peligro.

Lo más oscuro es la muerte. Es lo que paraliza a la vida. Llega el aviso, cunde la noticia, se deja el trabajo y la gente se va reuniendo alrededor de los gritos. Las mujeres de la familia se refugian en el aposento y pasan a ser dolientes, insertibles para el oficio doméstico. Toalla sobre la cabeza, se echan o se sientan en la cama. Con cada visitante se renueva el lamento, grito de raras lágrimas, lloro ante la desgracia mayor. Las vecinas se afanan discretamente, arreglando el altar en la sala, mesa cubierta con sábana blanca, velones, cuadros de santos, acaso una foto del difunto. Los hombres, serios, de pocas palabras, tienen que hacer diligencias: el ataúd, la comida y el café a ofrecer, la leña, salidas al colmado o al pueblo, el

dinero por conseguir. Se cierra la puerta de la casa, a veces las ventanas del frente. Empiezan los rezos. Debajo del altar, un vaso de agua para que el espíritu del difunto calme su sed. Se mandará aviso al padre para que vaya a celebrar misa a los nueve días. Ese día, fin de los primeros rezos, llegarán familiares, vecinos, compadres y amistades de otras partes. Si se puede, se mata una vaca. Terminada la misa, se reparten recordatorios que nunca alcanza, para insatisfacción de muchos. Las dolientes vuelven al aposento para la gran lamentación. A la tarde, cuando la mayoría se haya ido, se quitará el altar y se abrirá la puerta para que el muerto se vaya.

A veces hay miedo de que el muerto haga “asomo” en sueños o de noche, “jalando” un pie o provocando ruidos extraños. Surgen malestares de conciencia que se aplacan con promesas, perdones o visitas a “curiosos”. O pueden ser espíritus desconocidos, muertos ajenos, capaces de salir en un camino solitario o en un monte oscuro. Se les puede alejar poniéndose al revés una pieza de ropa. Para no encontrarlos, conviene evitar los lugares grimosos. Por eso no se duerme en una iglesia, porque en ella los muertos caminan de noche.

La noche es el mundo de los espíritus, de las brujas y de los muertos. Pero hay seres que dependen más del sitio que de la hora. Dentro del agua dulce, en ríos y arroyos, preferiblemente en cañadas umbrosas, habitan los indios. Son seres pequeños, de aspecto indefinido, con poder de dar dicha y desgracia. Peligrosos: si se enamoran de una mujer, según algunos, pueden llevarla debajo del agua y matarla para que, pasado cierto tiempo, resucite transformada en india. Son ellos quienes “tejen” los cabellos de ciertos niños. El pelo de color cobrizo tiende a enmarañarse formando bucles espesos, reacios al peine. Será necesario dejarlo así, sin cortar, hasta que el niño, ya fuertecito, pida ser recortado. De lo contrario, moriría si adultos atrevidos se decidieran a recortarlo. En realidad, hay casos en que el peine ha podido más que los indios.

Monte adentro habita también la ciguapa, ser peligroso con aspecto de mujer. Lleva pelo largo hasta la cintura y atrae al hombre que trabaja en la montería. Con los “jarretes”, la parte trasera del pie, hacia delante, confunde al que la sigue y, en la espesura, se adueña de él hasta la muerte.

Hay quien acepta estas creencias y quien las despidе como cosas de la gente de antes. Quizás la mayoría se compone de quienes afirman no creer en esas cosas, pero “de que hay algo, hay algo”. La persona nunca se cierra en principio a explicar cosas que ha oído, que han pasado y para las que no tiene otra explicación que esos seres definitivamente distintos a lo humano.

Menos distintas son las brujas, personas que viven en el paraje, capaces de volar y de secretamente chupar la sangre de los niños hasta secarlos. La bruja es siempre una mujer vieja, quizás con ciertos rasgos especiales: un carácter áspero o huraño, un algo misterioso para los demás. Hay historias de brujas apaleadas por la noche que han escapado para aparecer con el día cojeando o adoloridas. La bruja, anciana y asesina de niños, es negación de la maternidad fecunda. Es lo femenino que se ha vuelto estéril y se apropia de la vida ajena. Es corriente que por debajo haya historias de pleitos, malquerencias, enemistades.

Humano y animal, según los momentos, es el “galípote”. Es un hombre, generalmente del pueblo, con recursos económicos superiores a la mayoría. Por vía diabólica, es capaz de transformarse en animal —perro, buey, etc.—, pasando desapercibido al hacer fechorías. Es el hombre que despide a un grupo que va a cierto lugar y, habiendo quedado atrás, llega antes y los espera con una sonrisa burlona. Goza con dar a entender que tiene poderes de que los otros carecen. La gente sabe que han sido recibidos del “pájaro malo”, el diablo. ¿Acaso es este arreglo el que le favorece en sus negocios y le ha hecho rico? Parece una explicación de la dicha, esta vez de manera satánica. Son gente que han vendido su alma a lo malo. Aunque el “galípote” no es esencialmente malo: por el día convive con la gente, hace sus negocios, no se diferencia exteriormente del hombre común. Pero su poder de transformación le permite contrabandear, escapar de un peligro, espiar secretamente a los demás y burlarse de ellos.

Brujas, indios, “ciguapas” y “galípotes” van disminuyendo. El desmonte, la luz eléctrica, la emigración, la creciente comunicación con los grandes centros urbanos, el aumento de la clase media, todo parece conspirar contra ese mundo de seres peligrosos que pueblan la noche, las aguas y los bosques.

LO LIMPIO Y LO SUCIO

La desconfianza presente en las relaciones sociales se muestra en el mal de ojo, el daño hecho a un niño, a un animal o a un sembradío. Es una mirada hecha con corazón sucio, con mala intención, a pesar de las palabras elogiosas. El de corazón limpio y sincero, al celebrar un niño ajeno, agregará “Dios lo bendiga”. Y se librerá de responsabilidad en cualquier mal que sobrevenga a la criatura. ¿Miedo a denotar envidia al celebrar lo ajeno? En realidad, no se puede vivir sin establecer relaciones con quienes no pertenecen a la familia. Pero esta necesidad conlleva el peligro de cruzarse con quien lleva lo malo dentro de su corazón.

Una amistad verdadera, un aprecio sincero, se pondrá al abrigo de lo malo a través del agua sacramental o doméstica. Al bautizar o echar agua a un niño, los compadres quedan vinculados en el respeto, la consideración, la buena fe. El ahijado se hincará ante el padrino, aun sea al cruzarse en una cañada. Rodilla en agua, “ción, padrino — bendiga”. Aunque cada vez son menos los que se arrodillan, la relación entre ahijado y padrino sigue siendo definida, más que en otras sociedades. Pero la emigración y la acumulación de ahijados van debilitando esta relación que a veces se convierte en intrafamiliar.

A falta de un niño se puede bautizar una imagen, una cruz, un cuadro religioso. Del bautizo se sale compadres, que es lo importante. Y es que la relación de compadrazgo ha estado siempre por encima de la de padrinzago. Aun los hermanos de padre y madre, al apadrinarse niños propios, se tratarán de compadres en adelante. La relación ritual se impone a la consanguinidad. Pero sus efectos son más afectivos, espirituales, que materiales: la forma de tratarse, evitar el conflicto interpersonal, alejar el interés sexual o pecuniario, etc. Es una relación que, si se empaña por la discusión o el “desrespeto”, causa dolor.

Las demás relaciones, que no han pasado por el sacramento, retienen su ambigüedad. El agua bendita, los conjuros, los resguardos son armas para defender esa precariedad de la vida, para protegerse de enfermedades, de “trabajos” hechos para perjudicar, de malas miradas.

También hay que protegerse de los desastres naturales. La naturaleza puede desquiciarse: un ciclón, con su secuela de lluvias, incomunicación, peligros, exige armarse con velas, “cuaba” y fósforos benditos, capaces de arder por más agua que amenace. Las profecías, anuncios de cambios radicales y catastróficos en la naturaleza y en la vida social, relacionadas con la tradición oral —lo que decían los mayores— más que con la Biblia, predicen una oscuridad que ha de venir. Las luces benditas también defenderán de estos percances, anunciados igualmente por algunas iglesias de “convertíos”, protestantes.

UN MUNDO INMUTABLE EN CAMBIO

El universo ideológico fronterizo es un árbol frondoso. La descripción podría extenderse porque el hombre, aquí como en todas partes, observa y trata de explicarse a sí mismo y a su entorno.

En este mundo de pobreza, de hijos de inmigrantes llegados tras la matanza de haitianos, de colonos que nunca han llegado a ser dueños de la tierra conquistada, coexisten la miseria y la grandeza del hombre. Aquí el hombre es capaz de

amarrar nubes para que no caigan, de volar, de metamorfosearse, de dañar con su mirada. Aquí el agricultor se enfrenta con lomas y monterías, empecinándose en sembrar quintales de semilla en "jardas" donde el tractor no llega, para vender a un mercado que nunca le recompensa su esfuerzo. Pero es también el hombre que puede ser tumbado por la gripe o el derrienge, presa de un mundo cuyas reglas él no llega a establecer.

Obligado a adaptarse para sobrevivir, cambia a su pesar. Y llega a verse decepcionado de un progreso anhelado que siempre lo deja más desvalido, de una tierra empobrecida, de un trabajo que no deja fruto, de gobiernos que trabajan para otros. A menudo quiere volver atrás, recoger modos de vida pasados, quizás más arduos y oscuros, pero que dejaban más satisfacción. Cuando había más respeto y unión. Cuando los hombres tenían palabra. Pero su vuelta atrás no llega a configurar un mundo propio. Su cultura, para sobrevivir, tiene que mezclarse con las aguas turbulentas de la cultura mayor. ¿Qué será de él? Pregunta difícil, porque quizás no espera gran cosa del mundo que le rodea. Para él, el dominicano es malo. No es desinteresado ni generoso, como los de otras partes, que parecen capaces de dejar vivir al otro. Es rencoroso, mañoso, individualista, exigente, nunca contento con nada. Persona intratable. Pero, de hecho, lo sigue tratando cada día, en la calle, en la camioneta, en el colmado, en la reunión de la asociación. De hecho, lo saluda echándole el brazo porque dar la mano es tan frío. De hecho, lo mira abiertamente y lo reconoce en su individualidad porque no hay obligación de ser como otro quiera. Mezcla de aspereza y humanidad, bronco, independiente, sin dejar de vincularse de mil maneras; con cierto sentimiento de ser menos, temeroso de ser avergonzado en público y decidido a afirmar su valía. Amante de las cosas de Dios y reconocedor de los derechos del diablo en este mundo. Lo que es el fronterizo está por verse. La gente de la frontera no crece mucho. La emigración y la ginecología se llevan mucha gente o no la dejan llegar. Pero la frontera, aunque débil, está viva.